

Aquí hay tres soldados de la División. Uno, convaleciente, está acostado. La habitación, amplia, con ese ya de tóxico y siempre grato desorden intelectual. Libros. Flores. Poesías. Frascos de tinta. Colonia y medicina. Cuartillas. Dinero. Telegramas. Muchas fotografías con el frío de su nieve como motivo ornamental muy repetido.

Y pues que las sillas tienen que recoger objetos, los compañeros se han sentado sobre la cama del «condenado a reposo», que, por cierto, lo quebranta sin cesar con la gimnasia expresiva de sus brazos y de su elocuencia.

Lógica y lastimosamente, estas impresiones de su conversación—que ha recogido la antena de una femenina curiosidad—habrán perdido, al llegar a las cuartillas desde la voz emocionada y la imagen bellísima que les da forma verbal, sus condiciones de emotividad perfecta. Hablan muy bien estos muchachos de la División. Y la guerra, sublimizada por el verbo de un poeta, adquiere insospechadas virtudes de magnificencia.

POR QUÉ FUERON A RUSIA

La División española de voluntarios contra el comunismo no ha sido una aventura novelesca, ni los hombres marcharon por una ambición de ganancia territorial. Fueron con una inmensa y ferviente seriedad y llenos de respeto, acreditando un sistema político. Sin fanfarronería y sin timidez. No para destacarse de los que se quedaban, sino en representación fraterna de los que no podían marchar. Todo el complejo de nuestra Cruzada de liberación, latente en cada uno de los que llegaban a la estepa con una energía que, como en prodigio, se sobrepone sobre el clima, insuportable para organismos habituados a muy distintas condiciones atmosféricas.

Desde octubre no dejaron de actuar, sosteniendo, con lógicas variaciones de terreno, un frente de 50 a 80 kilómetros. Siempre contra un enemigo numéricamente desproporcionado: nunca los combates se hicieron a menos de veinte enemigos por soldado español. Y en muchos casos se llegó a uno contra ciento.

Desbordante, limpia, risueña la cordialidad de esta juventud que charla, que comenta, que grita su fe e impone sus razones con vocablos de todas clases, la simiente verbal ha sido tan generosa, que por aquellos lugares donde estuvo la División, todo el mundo habla ya nuestro idioma. Naturalmente... no académico ni diplomático y tal vez un poco con exceso sonoro...; pero los chicos, los perros y los caballos dicen cosas muy expresivas en castellano.

Llegaron nuestros muchachos para relevar fuerzas alemanas. El paisaje había revolucionado su espíritu. Porque fué como un desfile vertiginoso de oros, verdes, grises, tonos marchitos; y luego la cascada cegadora, deslumbrante otra vez. Pero no era de sol. El hielo, privando de toda humanidad las perspectivas, inquieta.

De Madrid, en julio, llevaban la retina abrasada. En Berlín, los días agosteños eran frescos y pálidos. Y vuela el tiempo en pocas fechas para privar de todo su valor a las razones del calendario. Es como si en vez de las horas actuase el espacio. Todo el proceso del otoño en una semana. Y luego, para muchos meses ya, árboles de cristal, como el espectro de lo radiante.

La primavera, en cambio, es un enorme cataclismo. Rota la maravilla de sus ríos, de sus cristales, todo se encharca. Panorama de tierra que pudieran descubrir los que sobrevivieron al Diluvio. Es feo. Y parece como si la Historia no hubiese operado.

ESO QUE SE LLAMA UN HOGAR...

...Y que en Rusia, Unión Soviética, etc., etc., no existe, se sustituye aproximadamente de esta manera:

El espacio vital es una sola habitación, un horno, un pajar, y en los mejor acomodados, un poquito de huerto para sembrar las patatas cuando los hielos descubren la tierra.

Mal olor. Apoteosis de la cochambre. El horno es un monumento a la leña; pero el fuego, inocente, provoca pestilencias angustiosas. Huele a engrudo—casi todas las casas están empapeladas para que los insectos se abri-guen mejor—, a humedad, a sucio y a ratones.

Alrededor del fuego se agrupan montañas de harapos. Dentro tienen unas gentes, pero apenas se pueden descubrir. Parece, sin embargo, que aquella ropavejería integral se compone de un viejo, una masa confusa de mujeres—también y siempre viejas—y unas cosas más pequeñas que por el bulto pueden ser niños.

El viejo, alcohólico de vodka desde su más tierna infancia, hijo de alcohólico y nieto de borracho, se suele morir hacia el mes de noviembre. Como los caminos están ya peligrosos y los trineos tienen más productiva tarea que la de acarrear cadáveres, el cuerpecillo acartonado se sube al pajar. Allí, bajo las estalactitas de hielo, se cree el pobre que le cubren muchas lágrimas, y espera unos tiempos en que sea más fácil llevarlo a enterrar. Así, nuestros soldados encontraron muchas veces ocu-

padas por muertos, sin fusil ni grandeza, aquellas miserables viviendas donde se habrían de resguardar.

Otras veces viven en chabolas: un hoyo grande cavado en la tierra. Dos o tres filas de troncos de álamos por toda defensa a la inclemencia. Es penoso, divertido, literario... Al salir del agujero primitivo, el reflejo de las inmensas blancuras es... como si estallase por dentro una especie de resplandor.

El hombre-soldado—continúan explicando, y lo dicen tan bien que parece muy claro—vive siempre en presente. Es un estado casi angelical. La constancia magnífica de que la vida puede tener una dimensión tan infinita que no se la sienta acabar. No hay ni proyectos ni memoria...

Y una maravillosa capacidad de comunicación entre gentes que en la ciudad no hubieran podido cruzar dos palabras. Una legión de niños que producen los mismos sonidos y tienen las mismas ilusiones.

La camaradería de guerra... Es la mayor defensa, pero a veces también una fuerte incomodidad. Se forman dos grandes bandos: los que recuerdan y los que proyectan. Los que tienen una dulce nostalgia con nombre femenino en la memoria, y los que pretenden vencer la incógnita del mañana en fuerza de actuar con la imaginación sobre el destino.

Pasados unos meses, se crearon unas ciertas leyes de vida social. De una posición a otra, y aprovechando descansos bélicos, se cumplían visitas e invitaciones. A pie o en trineos de caballejos sarnosos se arrostraban congelaciones para leerse dramas, poesías o cartas de maravillosa potencia evocadora.

Anécdotas, referencias escuetas de hechos cuyo simple relato tiene una grandeza inmortal. Gracia juvenil, brio y sencillez. Rasgos de ingenio. Y una revolucionaria e imaginativa descomposición de todas las fronteras de la tierra.

Nombres... Agustín Muñoz Grandes, el general por quien se sienten bien mandados y bien defendidos. Hombre de íntegros valores y ambicioso español.

Agustín Aznar, ídolo de los falangistas—la División lo es con apasionado fervor—, cuya opinión interesa a todos los muchachos y que conoce la gran terapéutica preventiva del «Cara al Sol». (Ya se sabe que es infalible para vencer los más brutales riesgos y peligros...)

Tres soldados de la División hablan. Se llaman Dionisio Rídruejo, Miguel Jiménez Sabio y Luis Ruiz Vernacci. (Dos Vernacci se han quedado allí...)

No había taquígrafos. Por eso no han podido conservar su fragancia estos retazos de conversación.

